

ALBERTO M. DE AGOSTINI S. S.

# ANDES PATAGONICOS

VIAJES DE EXPLORACION  
A LA CORDILLERA PATAGONICA AUSTRAL

*Segunda edición aumentada y corregida*

ILUSTRACIONES Y MAPAS DEL AUTOR

BUENOS AIRES

1945

## CAPITULO II

# ESTRECHO DE MAGALLANES Y CANAL SMYTH

*Canales y fiords patagónicos — Crock Reack y Long Reack — Entre tempestades y huracanes — Una semana bloqueados en el cabo Upright — Vientos y lluvias interminables — La oca antártica — Particularidades meteorológicas de los Canales Occidentales — Islas pintorescas — En el Paso Tamar — A la deriva sobre los arrecifes Stragglers — La “macrocystis pyrifera” — En el Canal Smyth — Monte Burney — Encuentro con un viejo “lobero” — Orgía entre “loberos” e indios Alacaluf — La Cordillera Sarmiento.*

Al Occidente de la Cordillera Patagónica meridional, entre el Estrecho de Magallanes al Sur y el Golfo de Penas al Norte, se extienden los canales patagónicos.

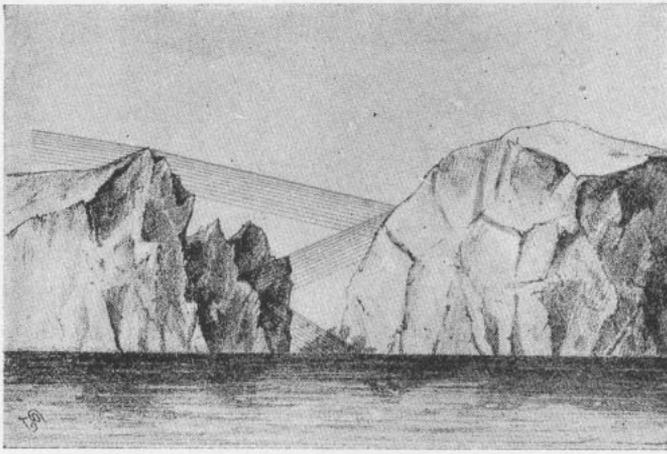
De recorrido casi rectilíneo se prolongan sin interrupción de Norte a Sur en una longitud de 550 kilómetros, encauzados a Levante por las terminaciones de la Cordillera de los Andes y al Poniente por una ininterrumpida cadena de islas y escollos que se pierden en las aguas del Pacífico.

Políticamente, los canales patagónicos pertenecen a Chile y forman parte de los territorios de Magallanes y Aysen, con una superficie de más de 200.000 kilómetros cuadrados.

Los más conocidos y frecuentados son los canales Smyth, Sarmiento, Esteban, Concepción, Wide y Messier, porque constituyen la ruta usual de las naves que, viajando del Estrecho de Magallanes a Puerto Montt y Valparaíso tratan de evitar las tempestuosas aguas del Pacífico. Pero, al lado de éstos se distribuyen en todas direcciones otros canales, grandes y pequeños, un laberinto de callejuelas, senderos, meandros solitarios que en curioso serpenteo se internan entre un ciclópeo conjunto de islas, caprichosamente recortados por una infinidad de bahías, caletas y ensenadas.

Al Levante estas ensenadas penetran en el corazón de la Cordillera entre gigantescas paredes de montañas, talladas a pico sobre el mar y revestidas de exuberantes bosques de hayas, cipreses y magnolias, formando los fiords más gigantescos y majestuosos del mundo. Las masas de hielo que se desprenden de los glaciares llenan literalmente las bahías para ser arrastrados después a la deriva, a lo largo de los canales, por el viento y las corrientes.

Es un espectáculo impresionante por la severa grandiosidad de las montañas, por la variedad infinita de las costas desmenuzadas en millares de islotes y escollos, por el encanto de la soledad, por la magnificencia de los cielos, ora nebulosos y sombríos, ora diáfanos y luminosos, desde donde el sol proyecta sus luces sobre este fan-



Bosquejo que demuestra la acción de un "Williwaws" en los canales magallánicos

virginal belleza de los fiords con sus altísimas y blancas cadenas de montañas, de las que había tenido una visión fugaz en un rápido viaje realizado en vapor, al Norte de Chile, lo que me atrajo nuevamente a ellos, pero no ya en uno de los usuales barcos correo sino en un velero provisto de motor, el "Renato", de 40 toneladas de desplazamiento, fletado en Punta Arenas, a fin de poder visitar a mi albedrío los lugares más interesantes e internarme en los fiords inexplorados de la alta Cordillera.

El 7 de diciembre de 1930, después de un rápido viaje a la Isla Negra, el "Renato" retornaba por el Canal Santa Bárbara al Estrecho de Magallanes para seguir de inmediato al Cabo Pilar y de allí dirigirse al Norte, a lo largo de los canales y llegar a los fiords Eyre y Falcón, en las cercanías de la Angostura Inglesa. <sup>(1)</sup>

Piloteaba la goleta el capitán genovés Luciano Formento, viejo y apreciado lobo de mar, gran conocedor de los canales, y formaban la tripulación de a bordo otros tres expertos marineros: un dalmata, un napolitano y un "chilote" (habitante de Chiloé).

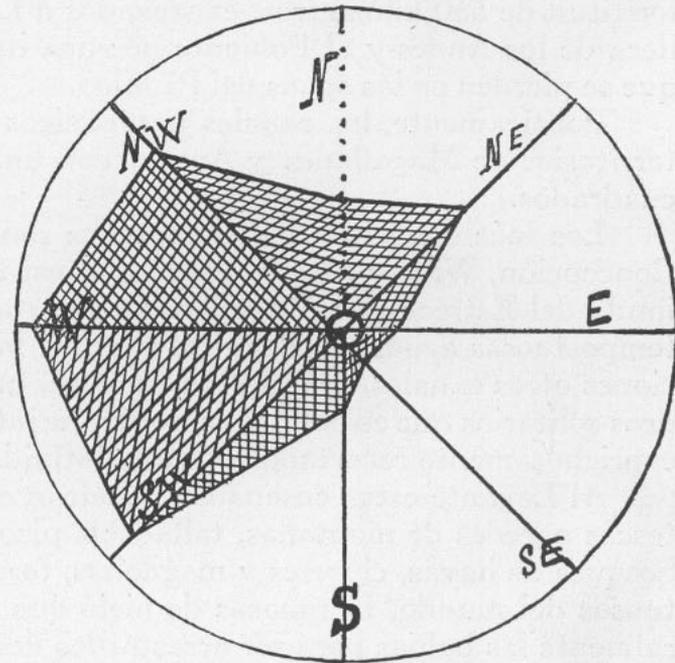
Una sucesión de temporales de extraordinaria violencia dificultó desde el principio nuestro viaje. Los vientos pasaban sin interrupción y sin disminuir su violencia del NW al SW, encajonados en el corredor de altas montañas que flanquean el Estrecho, levantando una furiosa marejada de proa contra la cual la potencia de nuestro motor era insuficiente.

Esta parte occidental del Estrecho que va del cabo San Isidro al Cabo Pi-

<sup>(1)</sup> Cfr. A. De Agostini, *I miei viaggi nella Terra del Fuoco, La Isola Nera*, págs. 297-322, 3.ª edición, Torino, 1934.

tástico escenario, salpicándolo con las tonalidades más sorprendentes e inverosímiles. Con excepción de los ya mencionados y quizás algún otro, los canales patagónicos son todavía poco explorados o totalmente desconocidos. Están sobre todo inexploradas las ensenadas que, con sus múltiples ramificaciones, penetran en la alta Cordillera, ya que estos fiords solitarios, sumergidos en la soledad de elevadas montañas, entre glaciares y nieves perpetuas, ofrecen muy poco interés a los navegantes.

Fué justamente esta solitaria y



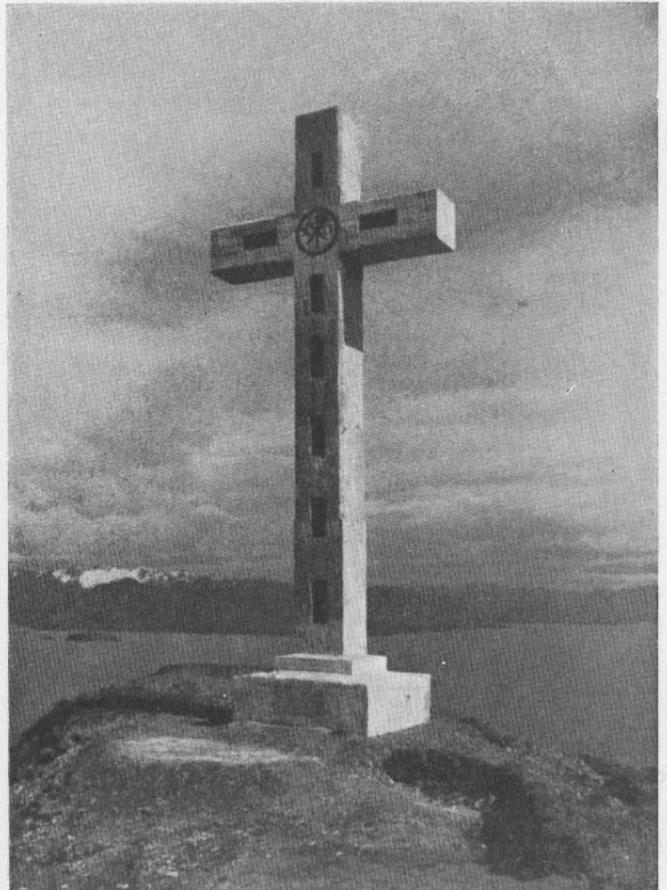
N	=	6
NE	=	8
E	=	2
SE	=	1
S	=	3
SW	=	15
W	=	16
NW	=	13
		64

Esquema de la frecuencia relativa de los vientos en la región magallánica en base a las observaciones de cuarenta años realizadas por el Observatorio Salesiano de Punta Arenas

lar, tiene por su misma naturaleza montañosa, un notable contraste con la llanura oriental y ofrece fenómenos físicos que modifican las reglas de la navegación y acrecientan los peligros de la misma. Desaparecen por completo las mareas de gran amplitud y las corrientes marinas son de escasa potencia, con excepción del Paso Tortuoso (Crooked Reach), en las cercanías del Cabo Crostide, donde las corrientes adquieren una velocidad de unas 3 millas por hora. Pero si los fenómenos relativos a los movimientos del agua se tornan prácticamente de escasa importancia, los atmosféricos constituyen en cambio uno de los peligros más serios y persistentes para la navegación.

Los vientos del NW y del SW que en la zona oriental, a pesar de su gran potencia, mantienen más o menos la misma intensidad, en la zona occidental del Archipiélago, tienen direcciones casi opuestas pues son desviados en su curso por la distinta orientación de las montañas que flanquean los canales. La característica de estos vientos son las ráfagas que acompañan a los temporales (chubascos, cerrazones) de una violencia indecible y de breve duración, los cuales, descendiendo de los valles y montañas con formidable estruendo son acompañados, a veces, por una descarga de nevisca que oscurece el horizonte y levanta trombas de agua pulverizada arrastrada vertiginosamente por el viento sobre las aguas. Algunas veces estas ráfagas, que han sido denominadas por los loberos "*Williwaws*" o ráfagas huracanadas, son tan extraordinariamente violentas, rápidas y fulminantes que destruyen a su paso cuanto no sea de una solidez absoluta.

8 de diciembre — En las primeras horas de la mañana abandonamos la Bahía Mussel en la costa NE de la Isla Carlos III, donde habíamos pernoctado y proseguimos nuestro camino por el English Reach, entre la ribera SW de la Península Brunswick y la isla citada, escarpada y hendida, constituida por macizas rocas cupoliformes modeladas por antiguos glaciares, algunas de las cuales alcanzan hasta 432 metros de altura. Llegados a la extremidad occidental de la Isla Carlos III viramos al SW y penetramos en el Crooked Reach (Canal Tortuoso) dejando a nuestra derecha el Canal San



Cruz monumental erigida sobre el Cabo Froward en el extremo Sur del continente americano. Debajo se ven las aguas del Estrecho y al fondo las montañas de Tierra del Fuego

---

Esta cruz, primitivamente más pequeña, fué colocada por iniciativa del Pbro. Luis H. Sallaberry el 21 de diciembre de 1913 con el objeto de conmemorar el XVI Centenario del edicto de Constantino que dió libertad a la Iglesia. A pesar de su férrea construcción, la cruz, que medía diez metros de altura, fué abatida por los fuertes vientos de la región. Ultimamente ha sido reemplazada por otra de piedra y hierro de 21 metros de altura, siendo solemnemente bendecida el 5 de marzo de 1944. Su construcción fué ideada por don Francisco Campos Menéndez y costeada generosamente por un grupo de católicos de Punta Arenas.

Gerónimo, que conduce a los golfos interiores Otway y Skyring y cuya boca veíamos tallada en la costa norte entre las penínsulas Córdova y Brunswick.

La primera parte de este pintoresco canal tiene solamente una longitud media de unos 2 kilómetros y se desliza entre altísimas y verticales paredes de montañas cubiertas, hasta las dos terceras partes de su altura, por espesas manchas de vegetación y coronadas de nieves perpetuas. Ya más adelante, frente al Golfo Cóndor, ensánchase recibiendo el nombre de Canal Indian hasta que, después de haber descripto un arco de 21 millas, desemboca en el vasto Golfo Otway. La corriente de este canal llega a adquirir en su parte más estrecha una velocidad de 11 kilómetros por hora. No habíamos recorrido más que unas pocas millas en el Crooked Reach cuando el tiempo, promisor en las primeras horas matutinas, cambió súbitamente y a eso de las 8 de la mañana densos nubarrones ocultaron la vista de las montañas y comenzó a soplar un fortísimo viento del NW.

Las riberas que flanquean este canal son sumamente desoladas y demuestran la fuerza del viento que se estrella contra ellas impidiendo el desarrollo de la vegetación. Curiosa e imponente es la forma del Cerro "El Morrión" así denominado por Córdova, en 1786, un monolito granítico liso y pulido que surge verticalmente del mar para alcanzar una altura de 330 metros en la margen sur del Brazo Tortuoso y casi frente al Cabo Quod. (1)

No hemos salido aún del Canal Tortuoso cuando ya se experimenta la acción de una fuerte marejada que viene desde larga distancia, encajonada en ese largo y recto brazo de mar que con el nombre de "Canal Largo" (Long Reach) constituye una de las partes más angostas del Estrecho de Magallanes. La fuerza limitada de nuestro motor no puede vencer la violencia de las ondas y debemos buscar rápidamente un refugio en la costa, a la entrada del Golfo de las Nieves (Snow Sound) donde pasamos todo el día. El Golfo de las Nieves es un gran brazo de mar de 18 kilómetros de longitud, circundado por montañas blanqueadas por la nieve que termina en dos fiords en los que desembocan dos majestuosos glaciares. Bellísima y totalmente inexplorada es esta cadena de montañas, recubiertas de un gran manto de nieve y de hielo, que se extiende entre el Canal Santa Bárbara y el Abra Sea Shell a septentrión de la Isla Santa



El capitán Luciano Formento, al timón de la goleta "Renato"

Inés y descende formando numerosas caídas de hielo sobre la costa del Long Reach.

9 de diciembre — Continúa soplando el viento NW pero con menos violencia. Zarpamos temprano y retornamos a nuestra ruta por el Canal Largo, que se extiende en un recto recorrido de 34 millas, entre el Cabo Quod y la Punta Havanagh, extremidad Occidental de la Península Córdova.

(1) Este cabo fué denominado "Quad" por el piloto Wood de Narborough (1670) y luego transformado en "Quod" por los ingleses.

Ambos márgenes del canal presentan una sucesión de altísimas montañas de desnuda roca granítica, recortadas por profundos valles y pequeñas ensenadas que penetran en la costa; una escasa vegetación cubre sus bases, mostrando sus árboles azotados y curiosamente retorcidos por los furiosos vientos que soplan casi de continuo. En la costa norte, hay lugares en que las montañas son más elevadas y perforan las nubes a manera de agujas o crestas dentadas. Profundas sinuosidades las surcan y una que otra mancha de nieve se deposita en sus repliegues. De cuando en cuando algunos glaciares se precipitan en la garganta de las montañas siendo entre ellos el más pintoresco y conocido el que, en rápida cascada de hielo con reflejos azul-verdosos,

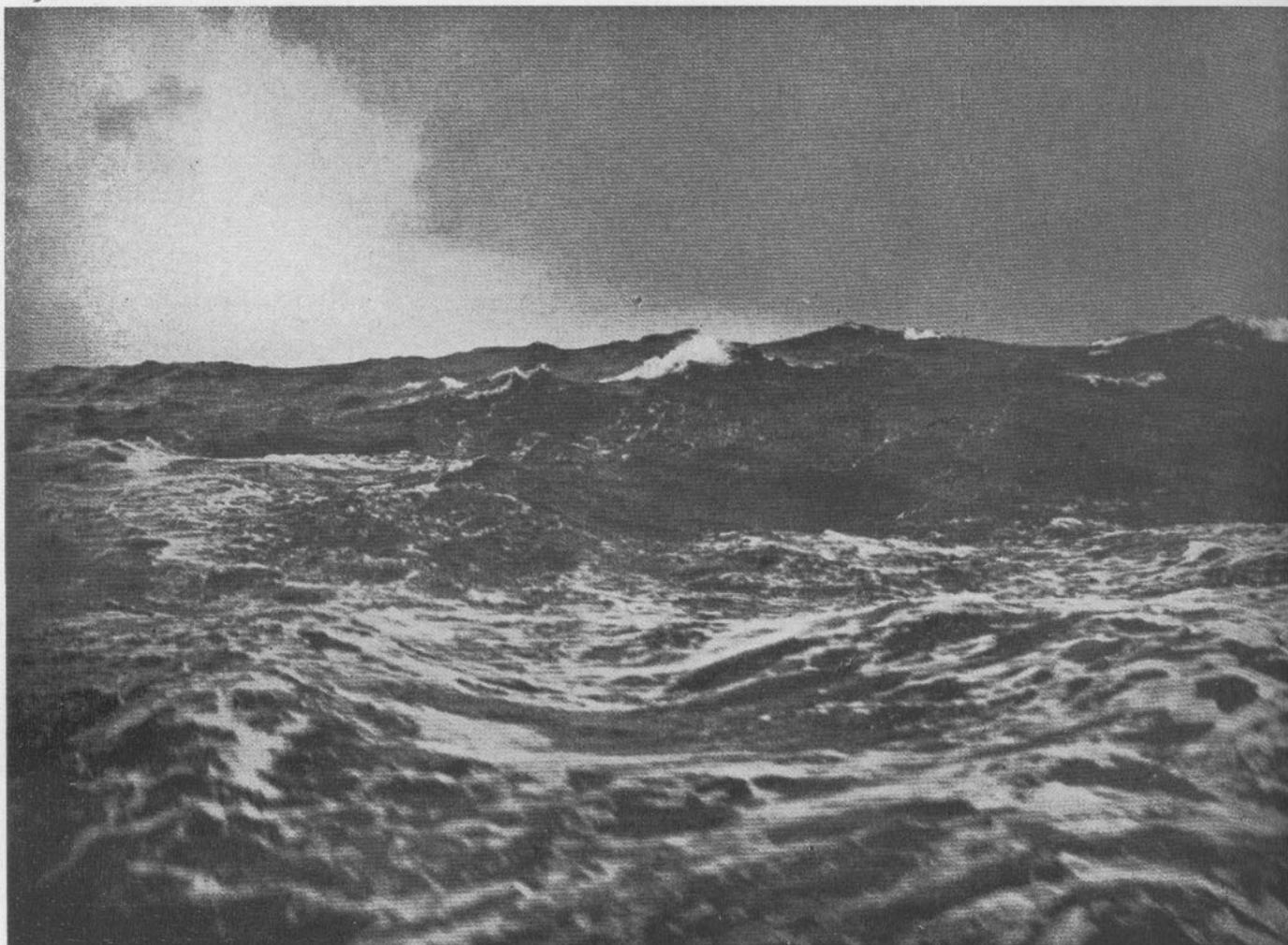


Estrecho de Magallanes. — La goleta "Renato" en la bahía Fond

desciende a la Bahía Ventisquero (Glacier Bay) deteniéndose luego cerca de un verdeante y frondoso bosque de hayas.

Los vapores que hacen la travesía del Estrecho lo visitan con frecuencia, pues encuentran aquí un buen fondeadero, facilidad para renovar la provisión de hielo y una oportunidad de disfrutar al mismo tiempo de uno de los más majestuosos y curiosos espectáculos que la tierra magallánica puede ofrecer.

Mientras nuestra goleta avanza con dificultad, nos alcanzan y pasan dos destroyers chilenos, provenientes de Punta Arenas, que se dirigen veloces hacia el Pacífico. La severa y maciza silueta gris oscura de estas naves, coronadas por un penacho de humo, encuadra maravillosamente con el fondo también gris y sombrío de las montañas y del cielo.



Mar gruesa del Sur

Entre tanto, el viento va adquiriendo mayor violencia y las olas se estrellan furiosas contra nuestra pequeña embarcación que salta y se agita en forma endiablada, sin conseguir avanzar. Nuevamente nos vemos obligados a buscar un resguardo y a eso de las 10 anclamos en la Bahía Cormorán, al Norte de la Isla Santiago.

Diciembre 10 — Durante la noche el viento hizo sentir su terrible ulular que se mezclaba con el fragor de las olas. En las primeras horas de la mañana, pareciéndonos que había llegado un período de tregua, continuamos el viaje. Pero, después de haberse levantado el sol sobre el horizonte, aumentó nuevamente la fuerza del viento, como ocurre a menudo, y apenas pasamos el Cabo Upright el oleaje, de mayor potencia y altura a causa de la corriente del Pacífico con cuyas aguas habíamos tomado nuevamente contacto, nos obligó otra vez a buscar un fondeadero. Lo encontramos en una pequeña bahía ubicada entre las sinuosidades de algunos islotes, al sur de la Bahía Alquilqua donde el capitán Formento acostumbraba refugiarse años atrás, cuando se dedicaba a la caza de las focas.

No muy lejos de donde anclamos, entre un grupo de islotes y escollos que obstruyen la entrada de la Bahía Alquilqua, emerge de las aguas como un fantasma, el esqueleto de un velero naufragado allí quién sabe cuando. Sobresalen únicamente la proa, los mástiles y la antena, en gran parte destrozados por el viento y las tempestades. Por haberse desviado de la ruta habitual, recostándose sobre la costa sur a poco de



Canal Sarmiento. — Restos de un naufragio

haber penetrado en el Estrecho, impelido quizás por una fuerte tempestad y con precarias condiciones de visibilidad, había ido a estrellarse en uno de los tantos escollos submarinos que insidiosamente disimulados a flor de agua, constituyen un constante peligro en todo el largo de la travesía.

Diciembre 11-13 — Continúa el mal tiempo con una constancia impresionante. Si dura unos días más, tendremos que renunciar al viaje a Cabo Pilar y aun a continuar hasta los canales patagónicos, donde la tarea que nos espera es más grande e importante.

Fortísimos temporales del NW se suceden sin interrupción, noche y día, acompañados de una lluvia torrencial. Nuestra estada a bordo es por demás monótona y tediosa. Gran parte del día la pasamos guarecidos en el castillo de popa, nuestro refugio predilecto, donde están emplazados el motor y la cocina. Una curiosa y penetrante mezcla de olores de peces y alquitrán, iodo y cables, nafta y fritos, emana de este rincón de a bordo que se frecuenta con tanto cariño por la tibieza que difunde su estufa siempre encendida, mientras que afuera la lluvia y el viento helado del sur, hacen casi imposible el permanecer sobre cubierta. En esas largas horas de espera, pensaba para mis adentros en lo dura que debía ser la vida para la tripulación de los antiguos veleros que surcaban estos mares desconocidos, entre continuos peligros y con medios escasos y primitivos.

Cien veces al día se consulta al barómetro, se escudriña el cielo, se espía el canal, convertido en una impresionante masa de olas monstruosas, impulsadas por el viento y lanzadas en furiosa carrera por el canal.

De cuando en cuando, para desentumecer los miembros, descendemos a tierra, pese al viento y a la lluvia, y vamos recorriendo los islotes vecinos a fin de cazar algunas aves, pues la carne fresca de que nos proveían las pocas ovejas que traíamos a bordo, se había terminado. Escasos son los volátiles en estos islotes batidos por el viento, pero asimismo encontramos a lo largo de la costa rocosa, en los lugares más salientes sobre el mar, algunos ejemplares de avutardas (*Chloepaga antarctica*) que cayeron bajo la certera puntería de Formento. La *Chloepaga antarctica* es una especie de oca grande, de pico muy corto y de formas muy elegantes; el macho es de plumaje blanco como la nieve, mientras la hembra es negra con las plumas de las alas listadas de blanco. Estos palmípedos que se ven frecuentemente en estas costas, acostumbran estar siempre en parejas, pero no son tan sociables como las otras dos especies de avutarda que viven en la Cordillera y en la zona pampeana. Son muy desconfiados y huyen apenas notan la proximidad de seres extraños, pero cuando tienen hijuelos que no pueden volar, se dejan aproximar hasta pocos metros, para protegerlos y facilitar su huída.

Las excursiones al interior de las islas ofrecían pocos atractivos, pues no era posible atravesarlas sin quedar empapados de agua de la cabeza a los pies. El terreno recubierto de altos juncos, musgos y esfagnos, formaba un tapete esponjoso impregnado de agua, donde los pies se hundían con gran facilidad y a medida que nos internábamos en espesos y raquíuticos bosquecillos de hayas, que crecían en los pequeños canales reparados del viento, copiosas duchas de agua caían de las ramas sobre nuestros cuerpos.

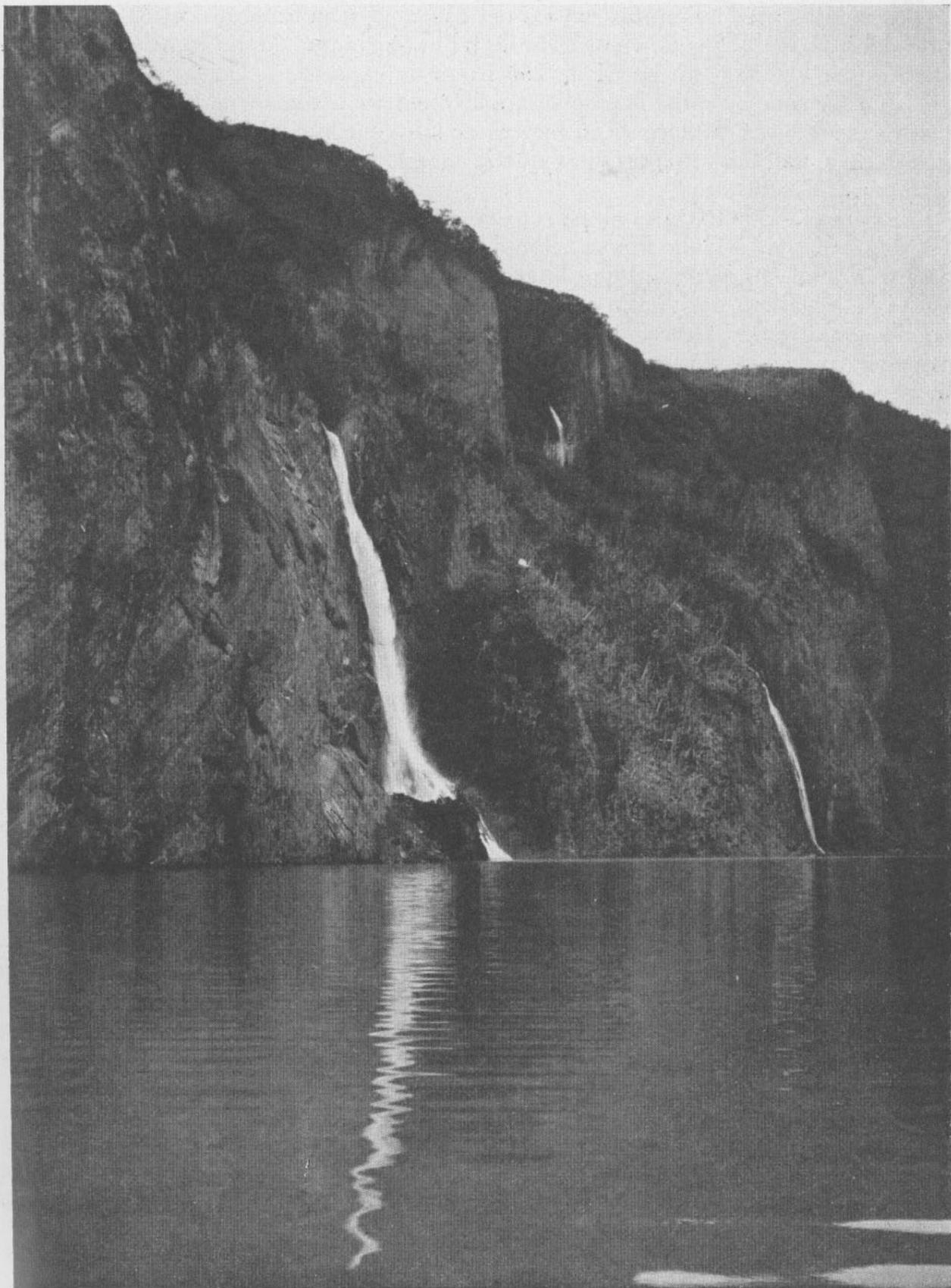
Toda esta zona occidental del archipiélago fueguino y de los canales patagónicos, presenta fenómenos meteorológicos y físicos del mayor interés. La cantidad de lluvia que cae en estos parajes es verdaderamente enorme y está considerada entre las más abundantes del mundo.

De las observaciones pluviométricas realizadas durante un período de veinte años en las Islas Evangelistas<sup>(1)</sup>, donde hay instalado un faro con personal permanente, resulta que el término medio de lluvia registrado es de 2.900 milímetros al año, pero ha habido años en que la lluvia caída alcanzó a 3.450 milímetros.

La temperatura es relativamente benigna, siendo la media anual de 6°.2 centígrados. En los meses de enero y febrero, los más templados del año, la temperatura más alta registrada fué de 18°.2 y la más baja 1°.6. El término medio de la presión barométrica es de 700 milímetros. La mayor presión se observa en junio y la menor en julio, lo que constituye un caso curioso. Casi no aparece el sol. En once meses y medio (345 días) de observaciones, un empleado del observatorio comprobó que el sol se dejó contemplar, durante el día entero, solamente cinco veces. El resto del tiempo el cielo estuvo siempre nublado. No hay allí estaciones propiamente dichas pues llueve, nieva y graniza constantemente. El clima de esta región, como lo ha denominado con exactitud el capitán King, "es frío, húmedo y borrascoso".

---

(1) En 1896 la marina chilena instaló un faro sobre el islote más grande del grupo Evangelistas. Esta instalación requirió una labor ímproba y dos años de trabajo. La mayor dificultad consistió en desembarcar el material de construcción en el islote de paredes verticales, expuesto a las furias de las olas del océano las cuales son de potencia y dimensiones asombrosas. Aun durante lo que allí se llama perfecta calma, el movimiento de las aguas (mar de fondo) alcanza a cinco metros de altura. Desde el Puerto Cuarenta Días —nombre que tiene su significado— al sur de la Isla Pacheco, esperaban los días de calma y entonces ganaban rápidamente el islote, efectuando el desembarco con hábiles marineros adiestrados especialmente para esa difícil maniobra.



Numerosas cascadas bajan de las escarpadas montañas que flanquean los canales

Los vientos predominantes son los del SW u W y en invierno del N y ocasionalmente del E. Las ráfagas de viento son de tal potencia que en una ocasión, en el Faro Evangelistas, volcaron un barril de 250 litros de capacidad. Durante las borrascas, las olas que se rompen sobre la escollera, a 200 metros de distancia, llegan a sobrepasar con sus salpicaduras el islote de 56 metros de alto, por lo cual ha debido protegerse el depósito de agua pluvial para evitar que se mezcle con la salada del mar, tornándose inapta para el consumo.

Muy desolado y triste es el aspecto de esta costa que se extiende desde el Cabo Tres Montes hasta el Cabo Hoorn, completamente montuosa y escarpada, desnuda y rocosa, sembrada de infinidad de islotes y escollos a los que la erosión de las gigantes olas del mar han hecho aún más interesantes. Numerosos farallones y monolitos de curiosa y atrevida figura forman, en toda su extensión, una espectral barrera de centinelas avanzados, en perpetua lucha con las enfurecidas olas del Pacífico, por lo cual merecieron el acertado nombre de "Desolación del sud" aplicado por el navegante inglés John Narborough.

Aquí, en la embocadura del Estrecho a donde nos dirigimos, están cuatro de estos desolados islotes a los cuales Magallanes, por su número y forma, dió el nombre de Evangelistas y en el mayor de los cuales se ha levantado el faro. Allí van a reposar los preciosos lobos de mar de dos pelos y las aves oceánicas. Los "loberos" (cazadores de lobos y focas) los visitan periódicamente esperando en puertos cercanos, durante semanas y hasta meses enteros, el preciso momento en que el mar en calma permita el desembarco, operación asaz difícil y peligrosa. Otros 12 farallones se levantan al sur del Cabo Pilar con el nombre de "Apóstoles". El Cabo Pilar es notable por su elevación de 552 metros y por su aspecto escarpado y elevado como un pilar, lo que le ha valido ese nombre. En el grupo "College Rocks" a Occidente de la Isla Santa Inés, algo más al norte de la Costa Brava (Breaker Coast), me decía el capitán Formento, que exploró toda esa desolada escollera al realizar sus cacerías de lobos marinos, que hay una roca cuya estructura semeja la imagen de la Virgen con el niño en brazos.

Es venerada por los loberos que, al pasar cerca de ella, se descubren e invocan su protección para salir ilesos de las borrascas.

Los navegantes españoles y portugueses, siguiendo los impulsos de su profundo sentimiento religioso reavivado por las angustias de una penosa navegación en estas lejanas y desoladas regiones azotadas por continuas tempestades, han querido exteriorizar su gratitud por los peligros eludidos, aplicando el nombre de la Santísima Virgen y de los Santos a las islas, cabos y canales por ellos descubiertos.

En el archipiélago fueguino y en los canales patagónicos se conservan intactas en gran parte estas denominaciones, edificantes testimonios de la fe de que estaban poseídos aquellos heroicos marinos.

Diciembre 14-15 — Después de fuertes vientos del NW y una lluvia continua, comienza a soplar viento SW y el barómetro sube rápidamente a 762 mm. Creíamos que con una presión tan alta llegaría el buen tiempo, pero en cambio los temporales han aumentado en intensidad hasta convertirse en verdaderos huracanes. Los chubascos que caen sobre nuestra pequeña embarcación son tan fuertes que llegan a amedrentarnos seriamente. El capitán ha asegurado la goleta con una segunda ancla y un cable atado a tierra. Ya ha transcurrido casi una semana, el tiempo que yo había destinado para visitar el Cabo Pilar. Nos es imposible esperar más. Apenas se componga el tiempo atravesaremos el estrecho, para volver a tomar la ruta de los canales patagónicos hacia el Norte.



*Deposé*

*Fot. A. M. De Agostini*

CANALES PATAGONICOS. — PHILESIA BUXIFOLIA

Diciembre 16 — Ya van seis días que el viento no tiene un minuto de tregua, pero durante la noche ha colmado toda medida. Las terribles sacudidas que daba a la cadena de las anclas nos tenían en un continuo sobresalto impidiéndonos conciliar el sueño. Por la mañana el viento se fué calmando gradualmente lo que nos indujo a dejar nuestro refugio, poco después de mediodía, e intentar la travesía del Estrecho, de modo de llegar a cobijarnos al anochecer, en la orilla opuesta.

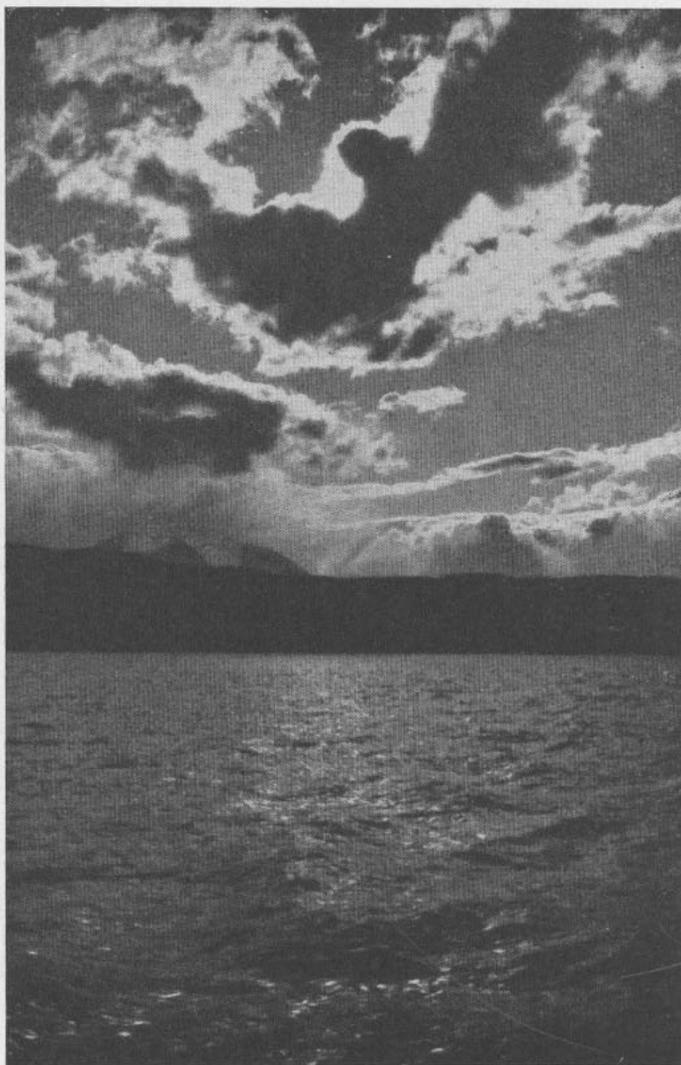
Apenas penetramos en las aguas del Estrecho, comprendimos que aunque el viento había amainado, el mar estaba aún agitado por monstruosas olas que obligaban a nuestra goleta a recibirlas parcialmente de popa, para no verse arrastrada a los profundos abismos.

Después de dos horas de viaje tocamos la costa norte del Estrecho, al Sur del Cabo Providencia y virando nuevamente a Occidente navegamos en plena calma entre un rosario de islotes de formas tan graciosas y cubiertos de una vegetación forestal tan hermosa y pintoresca que nos llenan de admiración.

Su naturaleza montañosa los hace más atractivos aun por lo variado de sus valles y montañas, por las paredes gigantescas que caen a pico sobre el mar, surcadas por infinidad de riachuelos y cascadas. Helechos, musgos, líquenes, adornan artísticamente la base de estas islitas, dejando en el margen inferior un zócalo de roca viscoso y negruzco, despojado de toda vegetación por el flujo y reflujo de las aguas. En las laderas, entre el intenso verdor de las hayas y magnolias, sobresalen, como palmeras, los elegantes y gigantesco helechos de el *Blechnum magellanicum*,

cuyo tronco de casi un metro de altura, termina en una magnífica cabellera de hermosas hojas pinadas y radiantes, de consistencia coriácea, verdes en su exterior y rosa oscuro en su interior, donde asoman las yemas tiernas aún. No faltan tampoco las graciosas y soberbias campanillas rosa-escarlata de esa magnífica liliácea llamada *Philesia buxifolia*, que se adhiere a los troncos y ofrece una nota de vida y belleza en la floresta magallánica. Al oscurecer anclamos en una bellísima caleta a la entrada del Canal Silvia situado entre la Isla Providencia y la costa del continente.

Las aguas de la bahía están casi inmóviles y nos dan la ilusión de que fuera de allí todo está en calma, pero las nubes que pasan veloces y en desorden sobre nuestras



Puesta de sol en los Canales

cabezas, son claro indicio de que en el canal continúa enfurecido el mal tiempo. Durante la noche cae una lluvia torrencial que en las primeras horas de la mañana se transforma en nevizca acompañada de fuertes ráfagas de viento.

Diciembre 17 — Mañana oscura y tempestuosa. Salimos del Canal Silvia y costeamos a sotavento una accidentada y montuosa prolongación de la Península Muñoz Gamero, que termina con la Isla Tamar.

Las aguas del Sea Reach (Paso del Mar) —así es llamado el Estrecho en este su extremo Oeste, porque las aguas están continuamente agitadas por los vientos y las corrientes— aparecen en lontananza de un color verde oscuro y casi se confundirían con el cielo denso y preñado de nubarrones si a trechos no aparecieran las blancas crestas de las olas que se elevan y se persiguen en veloz carrera acuciadas por el viento.

El airado aspecto del Estrecho nos hace perder casi la esperanza de poder, en esa jornada, ir más allá de la Isla Tamar, que se halla relativamente cerca. Es este un peligroso trecho de mar, temido por los pequeños barcos de cabotaje, que, encaminados hacia el Norte, a lo largo de los canales patagónicos, se encuentran completamente expuestos a la vehemencia de la gruesa marejada del SW, que llega del Pacífico a través de la abertura del Estrecho, entre el Cabo Pilar y el Archipiélago Reina Adelaida.

Viene a facilitar en algo esta peligrosa travesía, el Paso Roda, canal de tres millas de extensión, que se abre entre la Península Tamar y la isla del mismo nombre, pero antes de llegar a él debemos atravesar unas dos millas de mar gruesa que nos embiste de proa y nos obliga a efectuar algunas arriesgadas bordadas.

Son las 9 de la mañana. La goleta se aparta de la costa y guiada por la experta mano del capitán Formento inicia la ardua travesía. Apenas sobrepasado el baluarte rocoso del Cabo Tamar, que detiene las aguas borrascosas del Estrecho, nos encontramos a merced de gruesas olas que se precipitan furiosas contra el ágil velero.

El “Renato” afronta impávido el golpe de las olas, y se desliza sobre ellas como si fuera una gigantesca gaviota, pero bajo las violentas ráfagas se inclina de golpe y roza de un modo alarmante, con sus velas hinchadas, las espumosas crestas de las ondas. Algunos virajes bruscos, mientras el velero se hunde en lo profundo, no dejan de causarnos impresión, pero bajo el robusto brazo de Formento, que maneja hábilmente el timón, el “Renato”, encaramándose sobre las olas, sale de las hondas simas y después de algunas bordadas, en la que el avance se torna penoso por la violencia del mar, ganamos la embocadura del Paso Roda, donde navegamos, al fin, en mar tranquilo.

Renunciamos por ese día a continuar el viaje y echamos el ancla en el Puerto Rachas, abrigado en la costa oriental de la Isla Tamar.

Por la tarde descendemos a tierra y efectuamos una excursión a lo largo de la costa septentrional de la Isla Tamar, la que tendremos que abandonar para surcar el último tramo peligroso que nos falta recorrer aún, antes de penetrar en el Canal Smyth.

Alejándonos de la playa, trepamos las empinadas cuestas de la isla, impregnadas de agua y recubiertas de un mullido tapete de musgos, líquenes y helechos. En los profundos cañadones que surcan la montaña crecen vigorosas manchas de hayas, entre las que se destacan las artísticas pirámides verde-claras del canelo (*Drymis Winteri*) y las más oscuras del ciprés austral (*Libocedrus tetragona*).

En pocas horas llegamos a un cerro elevado desde el que se domina un extenso panorama sobre el Estrecho y la cadena montañosa de la Península Muñoz Gamero.

Es un paisaje por demás desolado y triste por el desnudo y escarpado aspecto de las montañas que se extienden en el lejano Septentrión en un caótico aglomera-



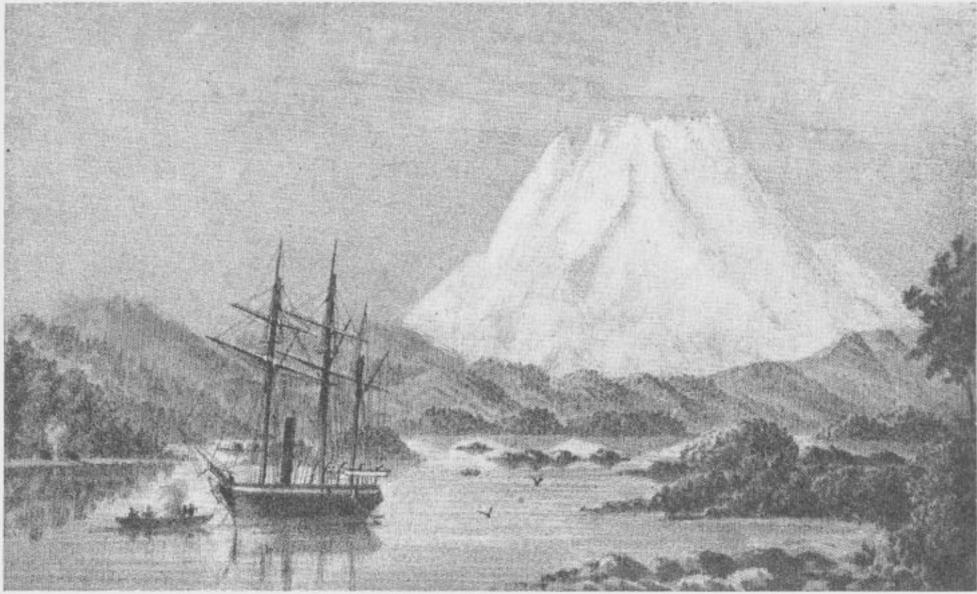
Helecho (*Blechnum magellanicum*) que adorna las florestas en los canales patagónicos

miento de cúspides y cimas redondeadas por la acción de los antiguos glaciares y barridas por los vientos que las azotan sin tregua.

Al Occidente, la llanura azul oscura del Estrecho surcada por las innumerables crestas blancas de las olas se aleja y desaparece en la bruma tempestuosa del Pacífico, limitada al Sur por el Cabo Pilar, mientras a nuestros pies, sobre la costa cortada por numerosos escollos, las monstruosas olas se rompen y convierten en blanca espuma, haciendo llegar hasta nosotros un fragor sombrío y misterioso.

Durante la excursión encontramos en algunas bahías ocultas entre las sinuosidades de la costa, un buen número de grandes patos vulgarmente denominados "Pato a vapor" o "Quetro" (*Micropterus cinereus*) algunos de los cuales cayeron bajo las balas de nuestro Winchester.

El *Micropterus cinereus* es el ave más característica de la zona magallánica, porque, no pudiendo volar y teniendo las alas poco desarrolladas e insuficientes para sostener su cuerpo, que es de forma tosca y pesada como el de nuestras ocas, posee en cambio la facultad de poder deslizarse a gran velocidad en el agua, sirviéndose para ello de sus patas palmípedas y sus alas mochas que hace girar rápidamente, dejando tras de sí una estela de blanca espuma como si fuera un vapor, por lo que se le ha dado el nombre de Pato a vapor, en inglés "race-horse" o "races steamer". En otra ocasión



Monte Burney (1.768 metros) desde las islas Otter, según un dibujo de C. P. Vereker de la expedición del capitán Mayne

tuve oportunidad, en la Tierra del Fuego, de perseguirlo con una lancha a motor y no obstante navegar a 9 millas por hora, no conseguí alcanzarlo. Cuando está en peligro se zambulle bajo el agua donde puede permanecer largo rato. Vive siempre en parejas, pero algunas veces se encuentra en grupos de quince o veinte individuos. El ave adulta tiene la cabeza de un color ceniza claro mientras el resto de su cuerpo es gris-plomo. Construye sus nidos entre las hierbas de la costa, donde pone de cuatro a seis huevos. Su carne es negra y dura, pero los marineros la preparaban discretamente quitándole el pellejo, que es grasiento y rancio. Desplumada y destripada una de estas aves pesaba seis kilos. Hay también un *Micropterus* volador denominado por Fitz Roy *patachonicus*, que es más pequeño que el anterior y frecuenta, con preferencia, los charcos de agua dulce. El naturalista Cunningham, que permaneció largo tiempo en el Estrecho de Magallanes dedicándose a estudios ornitológicos, asegura que el *Micropterus* volador no es sino el individuo joven de la especie no voladora, aunque no da ninguna explicación de la atrofia de las alas en los ejemplares adultos, lo que posiblemente podría atribuirse al subsiguiente desarrollo extraordinario y al peso del cuerpo.

Diciembre 17 — Durante la noche el viento comenzó a disminuir, por eso a la madrugada nuestra goleta dejaba su refugio para cumplir el último tramo difícil del Estrecho y penetrar en el Canal Smyth, pero, apenas salidos del Paso Roda, advertimos que no había menguado la violencia de la marejada. Nuestra pequeña embarcación trató de orzar para ganar la costa opuesta y colocarse a sotavento de la Isla Manuel Rodríguez distante una decena de millas, pero frente a las continuas y violentas olas no pudo avanzar, y después de algunas vanas tentativas, se vió obligada a volver la popa al viento y penetrar en la profunda e inexplorada Bahía Beaufort.

Las indicaciones acerca de la ruta, que busco en la guía hidrográfica de la marina chilena y en los mapas del Almirantazgo inglés, son por demás alarmantes y no aconsejan la entrada ni siquiera a pequeñas embarcaciones, por tratarse de una zona todavía inexplorada y salpicada de arrecifes y escollos. Ni aun Formento había pe-

netrado en ella, pero, obligados a ir a la deriva, tratamos de superar con la prudencia y cuidado que sugiere el amor a la vida, todo aquel formidable amontonamiento de escollos e islas, que lleva el nombre de Stragglers y al que nos aproximamos con gran rapidez. La presencia de los escollos que circundan los islotes es de inmediato señalada por la masa flotante del Kelp (*Macrocystis pyrifera*) esa alga gigantesca que forma verdaderos bosques submarinos y señala providencialmente la presencia de los escollos y de los altos fondos sobre los cuales está asentada, pero aun cuando tratamos de mantenernos alejados no pudimos lograrlo, impelidos como estábamos, por el viento y la marejada. No sin temor vemos a nuestra goleta rozar la quilla sobre la flotante masa de hojas del Kelp y, cuando creíamos correr el mayor de los riesgos, con gran sorpresa nos encontramos en aguas perfectamente tranquilas. Aquellas algas que tanto temíamos, tenían el poder de detener y dominar la violencia de las olas que pocos centenas de metros atrás se rompían en blanca espuma.

Es realmente maravilloso el ver crecer y florecer en medio de las rompientes una planta vigorosa, cuando la misma roca, tan dura, es corroída y desmenuzada por la furia del mar.

La *Macrocystis* se adhiere a las rocas con una raíz muy ramificada de la que nacen ramas de dos especies: unas pequeñas, carentes de vesículas, que son fructíferas; otras en cambio, largas y sutiles, forman un ángulo agudo con el fondo, para surgir luego oblicuamente a la superficie donde la extremidad se ramifica exteriormente en forma de láminas dentadas provistas de aire para mantenerse a flote. La longitud que alcanzan es enorme. El capitán Cook midió algunas de 110 metros y Agassiz, en la



Canal de las Montañas. — Frente de un ventisquero

nave Haslar en 1872, encontró ejemplares de 300 metros. En esta floresta submarina hay un mundo de seres vivientes que van desde los más diminutos crustáceos hasta los peces, aves y nutrias que encuentran allí abundantes medios de subsistencia.

Después de dos horas de trepidaciones, hemos dejado atrás los Escollos Stragglers y penetramos en las aguas más seguras y tranquilas del Canal Smyth. Navegamos ahora en un largo y angosto corredor casi rectilíneo, orientado de Norte a Sur, flanqueado por complejas cadenas de montañas de desnuda roca granítica que se suceden hasta el infinito, ostentando las más bizarras cúspides salpicadas por blancas manchas de nieves y glaciares. La parte inferior de estas montañas se halla revestida de una escasa vegetación de hayas raquílicas y retorcidas por los furiosos vientos del NE. Un cielo hosco, denso de nubes, pesa como una capa de plomo sobre ese paisaje montañoso lleno de misterio y de silencio, interrumpido únicamente por el ocasional aleteo del cóndor andino.

A eso de mediodía ganamos la Isla Summer mientras a Levante se abre la Bahía Muñoz Gamero la cual ofrece en su terminación un buen puerto donde la marina de guerra chilena ha establecido un depósito de carbón y mantiene guarnición todo el año.

A unos diez kilómetros al NE de la Bahía Muñoz Gamero se alza el Cerro Burney, un pico volcánico de sólo 1.768 metros, pero de forma imponente, pues emerge aislado de otras montañas cercanas al mar y lanza a lo alto su cúspide cónica, revestida por una formidable coraza de nieve y hielo, la cual desciende en bellísimas cascadas de *seracs* azules sobre el pie verde oscuro de la floresta magallánica. Fué así denominado por el capitán Parker King en memoria del almirante inglés Santiago Burney.

A esas horas, no podíamos divisar más que los poderosos flancos, deslumbrantes de nieve, y las azuladas caídas de hielo entre las repentinas desgarraduras de la niebla gris, que ocultaban la cumbre.

A cuatro millas a Septentrión de la Isla Summer, atravesamos la extremidad SE del Canal Cutler, que separa la Isla Rennell del Archipiélago Reina Adelaida. Toda esta compleja zona insular que se extiende entre el Canal Smyth y el Pacífico, quebrada hasta el infinito por una cantidad extraordinaria de canales y sinuosidades que serpentean en todas direcciones, cual esparcida flotilla de islas y enjambres de escollos, está aún en gran parte inexplorada.

Las embarcaciones se mantienen alejadas de esta costa que oculta celadas mortales en sus numerosos escollos a flor de agua y en las ráfagas impetuosísimas de los vientos huracanados que llegan del Pacífico.

Apenas hemos dejado atrás el Canal Cutler y la vecina Isla Rennell cuando vemos apartarse de la costa y venir hacia nosotros una pequeña embarcación tripulada por dos hombres.

El capitán Formento enfoca con su largavista la extraña embarcación y reconoce en ella al portugués Juan Viera, su antiguo compañero de aventuras en la caza de focas y a un joven indígena Alacaluf. <sup>(1)</sup>

Disminuimos la marcha de la goleta y pocos minutos después la chalupa nos aborda. Hacía más de un mes —nos dice el lobero Viera— que escudriñaban infructuosamente esa costa para cazar nutrias, y nos pedían que los remol-

---

(1) "En enero de 1898, mientras el lobero Viera, en el cutter "Creta", navegaba con Formento y otros marineros en las cercanías del Brecknock, habiéndose volcado la embarcación, alcanzó a extraer del agua la chalupa de a bordo sobre la cual pudieron ponerse a salvo, llegando después de tres días de penurias y privaciones a la población de Punta Arenas" (Cfr. A. De Agostini, *I miei viaggi nella Terra del Fuoco*, 3.<sup>a</sup> Edición, Torino 1934, pág. 308).



Fiord Última Esperanza. — Cerro Balmaceda

cáramos hasta la parte septentrional del Canal Smyth, donde esperaban tener mejor suerte.

Accedemos a su pedido y atada la chalupa con un cabo a nuestra goleta, suben a bordo visiblemente satisfechos del afortunado encuentro que les evita una dura travesía a remo por algunos días, con mar y viento casi siempre de proa.

Había oído hablar muchas veces del lobero Viera (conocido vulgarmente con el nombre de Juan Chico) y de su valentía marinera, y estaba satisfecho de que se me presentase la oportunidad de conocerlo personalmente y de poder recoger de sus propios labios la narración de sus peligrosas aventuras en esos mares borrascosos, donde desde hace más de treinta años soporta una vida errante, dedicado a la caza de nutrias y de focas.

La presencia del amigo Formento disminuyó algún tanto en él la desconfianza que experimentó al encontrarse frente a personas desconocidas, y, después de haber bebido un vaso de vino, cobró ánimos y respondió con frases cortas y concisas a mis insistentes preguntas.

Mientras habla, va poco a poco descubriéndose a sí mismo. Semi-salvaje por la vida vagabunda y cerril que lleva desde años, no tiene otra ambición que la de procurarse un mísero beneficio que obtiene de la caza y de la pesca y que luego malgasta en francachelas y vicios.

Continuamente expuesto a las privaciones y a los rigores de un clima extremadamente húmedo y borrascoso, está sin embargo ligado por un profundo afecto a esa tierra en la cual experimenta toda la fascinación de la vida aventurera y salvaje y donde tal vez terminará sus días, ignorado de todos, en una remota playa o bien sobre el mar, tragado por una tempestad.

Es de pequeña estatura, de cutis bronceado, los negros cabellos le caen en mechones sobre la frente baja y arrugada. El amplio tórax y los brazos vigorosos revelan bajo sus ropas grasientas y remendadas, una fuerza muscular poco común. De su cuerpo y de sus vestimentas se esparce un fuerte olor a cabra y a pescado crudo.

Lo supongo en frecuentes relaciones con los indígenas, de lo que me da un indicio el joven Alacaluf que lo acompaña, a quien formulo algunas preguntas en ese sentido, viniendo a saber que pocos días atrás, una tribu de 30 individuos había dejado la Isla Summer, lugar convenido para cambiar pieles de nutria con algunos blancos, criminales de la peor especie, que trafican en los canales para explotar y enviciar en toda forma a esas míseras poblaciones.

Para lograr más fácilmente sus inicuos propósitos, los blancos habían llevado consigo un barrilito de aguardiente, pues, conociendo la gran debilidad que tienen estos salvajes por los licores, sabían que al ponerlos en completo estado de embriaguez les sería sumamente fácil despojarlos de todas las pieles de nutria.

El plan se había realizado perfecta e impunemente.

Una semana entera duró la orgía, hasta que terminados los licores los indígenas se alejaron en malas condiciones de salud por causa de la embriaguez y privados además de los únicos objetos de valor que poseían, fruto de duras privaciones y de largos viajes, y con los cuales hubieran podido adquirir cuanto les era indispensable para vestirse y alimentarse.

Mientras el portugués describe con minuciosos detalles la orgiástica fiesta de los Alacaluf con los blancos, no puedo alejar de mí la sospecha de que también él haya participado y no poco de la bacanal, ya que trataba de ocultarlo con el disimulo característico que distingue a estos aventureros y semi-piratas del mar.

Estos hechos deplorables se suceden con demasiada frecuencia, sin que las auto-

ridades marítimas puedan prestar al indígena la inmediata y severa vigilancia y protección que se requiere, debido a la gran dificultad de comunicaciones causada por la misma configuración geográfica de la región, alejada de todo centro de actividad humana.

Preocupaba al Vicariato Apostólico de Magallanes la cristianización de esos pobladores, a cuyo fin pensaba concentrarlos en una determinada zona de los canales, pero insalvables dificultades finan-



Indios Alacaluf de viaje



Indios Alacaluf en su canoa

cieras y de personal han impedido hasta el día de hoy la realización de este humanitario proyecto.

Los indios Alacaluf que desde tiempo inmemorial habitan las islas occidentales de la Patagonia, ascendían a mediados del siglo pasado a unos tres mil individuos, calculados más o menos por la cantidad de canoas de que disponían y el número de tripulantes que cada una podía contener, pero al hacerse más activo el tráfico de vapores y más frecuente su trato con los blancos, fueron terriblemente diezmos. La violenta y sistemática persecución de los blancos, algunas enfermedades contagiosas como el sarampión y la gripe, aparecidas de improviso entre ellos, algunos vicios nefandos adquiridos de la civilización y especialmente, el abuso de licores, fueron las principales causas de su rápida desaparición.

Hoy día (año 1940) su número, según los datos recogidos por el misionero salesiano F. Torres, alcanza apenas a 120 individuos.

Los primeros navegantes, comenzando por Juan Ladrillero (1558), dejaron algunas escuetas descripciones de estos indígenas que encontraron diseminados aquí y allá en esos canales, pero sobre todo el célebre navegante Fitz Roy que pasó muchos años (1826-1836) a lo largo de estas costas y laberintos de islas, ocupado en tra-



Mujer Alacaluf con sus chicos

bajos hidrográficos, logró, merced al contacto que mantuvo con ellos, profundizar sus conocimientos etnográficos y clasificarlos en cuatro tribus distintas: Alikhoolip, Pecheray, Huemul y Chonos. Omitimos aquí una quinta tribu, los Tekeenica (actuales Yagán o Yámana) que viven sobre las costas del Canal Beagle y en las partes centrales y meridionales de la Tierra del Fuego.

Los Alikhoolip habitaban la parte occidental y meridional de la Tierra del Fuego; los Pecheray —(así denominados por Bougainville (1767) por la palabra que ellos pronunciaban repetidamente y que, según Fitz Roy, significaría una

invocación a un ente supremo, pero quizás, más bien, amigo, hermano)— vivían sobre las costas occidentales y centrales del Estrecho de Magallanes hasta el Canal Smyth. Los Huemul, así llamados por Fitz Roy porque estaban vestidos con la piel de esta especie de ciervo, tenían su sede en los golfos internos Otway y Skyring y mostraban afinidades somáticas y lingüísticas con los indios Tehuelché con los cuales tenían frecuente contacto. Los Chonos eran muy semejantes a los Alikhoolip, pero más adelantados en el desarrollo técnico de sus armas y viviendas. Estos habitaban primeramente en las islas Chonos y tal vez también en la de Chiloé, pero después habríanse ocultado en los canales, al Sur del Cabo Tres Montes. Los Alikhoolip y los Huemul están totalmente extinguidos. No queda hoy día más que un escaso número de Pecheray y de Chonos, conocidos con el único nombre de Alacaluf.

Estas dos tribus tienen substancialmente los mismos caracteres étnicos y la misma lengua, alterada solamente por pequeñas diferencias dialectales; pero viven separados en dos grupos circunscriptos a una región determinada por antiguas costumbres y tradiciones.

El grupo del Norte se extiende desde el Golfo de Penas hasta el Estrecho de Nelson y el del Sur, desde el Estrecho Nelson (al Sur de la Isla Cambridge) hasta el Estrecho de Magallanes (Isla Tamar).

Los Alacaluf son pescadores nómadas y se nutren exclusivamente de peces y moluscos, especialmente de mejillones (*Mytilus edulis* L.). Sus instrumentos de pesca, que son asimismo sus armas en tiempo de guerra, son la honda, el harpón, el garrote, el arco y las flechas.

Son de carácter hosco y taciturno, perezosos y traicioneros. Roban cuanto les es posible. Las tripulaciones de la "Adventure" y de la "Beagle", a estar a lo escrito



Canales patagónicos. — Montes escarpados recubiertos de nieves perpetuas se levantan por ambos lados de los canales

por Fitz Roy, fueron seriamente dañadas y molestadas por esta horda de salvajes, los que lograron robar dos embarcaciones sin que se pudiera recuperarse ni descubrir a los culpables.

El grupo del sur —me aseguraba el lobero Viera— no pasa de 70 individuos entre niños y adultos y el del norte de 180 más o menos, pero también para este diezmado número de indígenas se aproxima a pasos agigantados el día de su completa extinción.

En las primeras horas de la tarde llegamos a la extremidad septentrional de la Península Muñoz Gamero y penetramos en el Paso Victoria, que se abre entre la Península Zach y la Isla Hunter, dejando a nuestra izquierda el Canal Smyth, el cual en este punto se orienta al NW y prosigue así unas 35 millas hasta el Estrecho Nelson, siempre flanqueado por abruptas montañas.

El lobero Viera ha llegado a su meta y se embarca nuevamente sobre su pequeña canoa para proseguir a lo largo del Canal Smyth y reiniciar su vida errabunda y salvaje. El viento casi ha cesado, pero la atmósfera se ha vuelto pesada y brumosa, quitándonos así la posibilidad de contemplar la belleza del paisaje que aquí aumenta en magnificencia y grandiosidad.

Del Paso Victoria nos trasladamos al Estrecho Collingwood, dejando a nuestra derecha el Canal Unión que continúa al Sudeste y conduce por tortuosas vías a la pintoresca región de Última Esperanza.

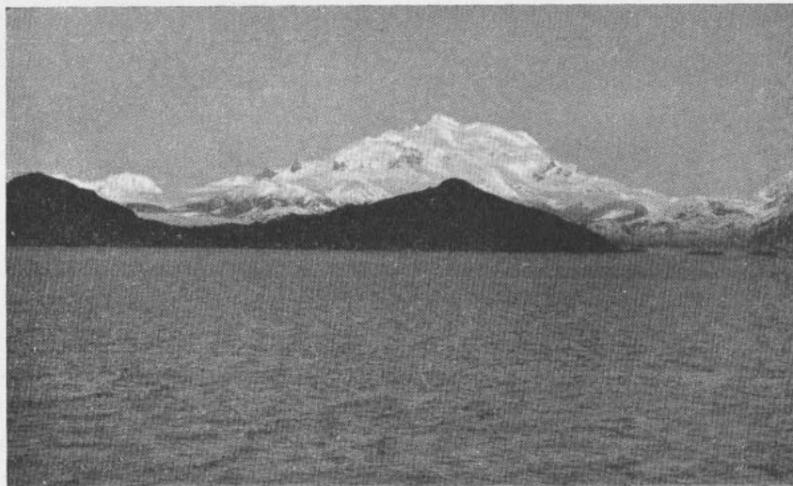
Al Oriente del Estrecho Collingwood se levanta la Cordillera Sarmiento, última, bellísima e inexplorada prolongación meridional de la gran Cordillera de los Andes, totalmente cubierta de un espeso manto de nieve y hielo del cual se desprenden imponentes glaciares que bajan en el Canal de las Montañas.

Las negras e informes masas de nubes que se acumulaban rápidamente sobre la montaña y luego se disgregaban laceradas por repentinas ráfagas de viento, dejaban al descubierto albos resplandores de nieve, lajas alabastrinas de glaciares suspendidos sobre los abismos, coronados por aguzadas y escarpadas crestas que perforaban las nubes como las torres y las almenas de un castillo hechizado.

A las cuatro de la tarde, habiéndose oscurecido amenazadoramente el cielo, creemos prudente aprovechar la proximidad de un refugio seguro que nos ofrece la Caleta Colombina, entallada en la costa este de la Isla Newton, para anclar y pasar la noche.

Sobre la playa verdeante por un espeso follaje de arbustos y árboles, encontramos el esqueleto de una choza Alacaluf, claro indicio de que ese lugar debe estar frecuentado periódicamente por estos indígenas en sus continuas peregrinaciones, ya que allí abunda la pesca.

En efecto, hacia el anochecer, los marineros con sólo echar una vez la red en la proximidad de la desembocadura de un pequeño torrente lograron capturar una gran cantidad de róbalo, y algunos pejerreyes, cuyas exquisitas carnes alegraron nuestro menú, en substitución de la carne salada de oveja y de las conservas.



La Cordillera Sarmiento vista desde  
el Canal Santa María